

SS-DF  
3/6



Biblioteca Pública de Soria



71323119 SS-DF 316



# LA NUEVA TÁCTICA

Y

## SUS PRINCIPIOS

---

POR EL CORONEL

### DON JUAN J. GARCÍA Y GARCÍA.



BIBLIOTECA PUBLICA DE SORIA  
SECCION DE ESTUDIOS LOCALES


108387

SORIA.—1902.

---


*Tipografía de Pascual P. Rioja.*





## OBSERVACIONES INDISPENSABLES

que pueden servir de prólogo.



Hace algún tiempo que la prensa periódica viene á intervalos ocupándose de una nueva táctica debida al ilustrado Comandante de Infantería D. Ricardo Burguete. No conociendo dicha táctica, no puedo formar juicio exacto de ella; pero de los diversos artículos publicados por los periódicos he podido deducir algo de los principios que la informan, y he sospechado que pudiera haber en ellos alguna analogía con los que informan también un proyecto que en Diciembre del año 1890 tuve la honra de presentar á la Comisión de táctica creada en Madrid.

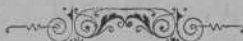
Habiendo confesado que no conozco la obra del Sr. Burguete, como también tengo el sentimiento de no conocer personalmente al autor, sería aventurada toda suposición de que yo tratase de discutir supremacías de doctrinas ni prelación de tiempo en la manifestación de ellas.

Me limito á publicar las mías; y, si coincidiesen con las del Comandante Burguete, sería para mí una grandísima satisfacción. Nada tiene de extraño que dos hombres piensen de la misma manera, ni es nuevo el caso de que dos inventores coincidan en un mismo invento.

Mi proyecto ha estado muchos años en la Comisión de táctica, hasta que publicada la que actualmente rige, me decidí á retirarlo por la circunstancia de que al enviarlo no había quedado en mi poder borrador ninguno, y tengo la satisfacción de saber que fué estudiado, puesto que en el original que conservo en mi poder hay abundantes y diversas llamadas hechas con grueso lápiz que acusan detenido examen.

Acaso nunca hubiera vuelto á ocuparme de él, pero la obra del Sr. Burguete, y el estímulo natural en los que amamos la profesión de las armas, lo resucitan.

Tampoco voy á dar á conocer mi proyecto completo de táctica; sino las observaciones preliminares y algunos párrafos por los cuales se puede llegar á formar juicio de sus principios. Otra cosa no tendría por ahora razón de ser.





---

PROYECTO  
DE TÁCTICA DE INFANTERÍA

PRESENTADO A LA COMISION DEL MINISTERIO DE LA GUERRA EN DICIEMBRE DE 1890

---

**Observaciones preliminares.**

Todos los autores militares están conformes en que los reglamentos tácticos deben reformarse constantemente á medida que el perfeccionamiento de las armas exige nuevas disposiciones en la formación de las tropas para el combate; y en la historia militar pueden seguirse paso á paso las evoluciones sufridas en las formaciones tácticas, relacionadas siempre con el progreso de las armas ofensivas y defensivas.

Estas transformaciones eran lentas, y prevalecían durante largas épocas en los tiempos pasados; pero el progreso vertiginoso de la época actual ha exigido y exige continuas reformas; porque, como en un espacio de tiempo relativamente corto hemos pasado desde el fusil de chispa al fusil repetidor, y como la historia de las guerras modernas registra horribles desastres, atribuidos por algunos escritores con más ó menos fundamento exclusivamente al efecto de las armas de fuego, ha sido preciso que el estudio de la táctica haya contado como factor principal el efecto del fuego enemigo, y que las nuevas disposiciones en la formación de las tropas hayan respondido al objeto de disminuir sus estragos.

Pero fija la atención de los reformadores en esta idea,

que desde luego confesamos es importantísima, y aparte de que no siempre, en nuestro humilde concepto, se ha acertado en los medios adoptados para conseguir dicho objeto, parécenos que se han descuidado algún tanto otros no menos importantes factores en la solución del problema táctico.

Grandes ventajas lleva, al abrirse una campaña, aquel de los contendientes que presente sus tropas mejor armadas y equipadas; pero aún suponiendo en ambos ejércitos las mismas condiciones de fuerza y de rapidez en la movilización, y concediendo á uno de ellos la superioridad de armamento, pudiera suceder que esta superioridad llegase á ser anulada, si el enemigo hubiese acertado á dar á sus tropas las condiciones tácticas más convenientes para contrarrestar con hábiles maniobras y con una movilidad superior las ventajas que en otros conceptos pudiera haber sobre él.

No somos de la opinión de un escritor militar que ha dicho: que si Anibal se levantase de la tumba para dirigir una batalla, sería vencido por el más obscuro general; que, si Alejandro resucitase también con todas sus huestes, sería derrotado por un ejército como el del suprimido reino de Nápoles.

La fuerza bruta de los proyectiles no es la negación del arte. Bien al contrario, esa misma fuerza bruta que hace imposibles ó muy costosos los combates frente á frente exige con mucha más razón los Anibal y los Alejandro para la dirección de las batallas. Las tropas más maniobreras tendrán hoy, como en los tiempos de Anibal, mayores probabilidades de obtener la victoria; porque, en su esencia, en su fondo, la ciencia militar, ó el arte de la guerra, (llámesele como quiera), es invariable; y las desigualdades que provienen de los adelantos industriales solamente son muy tangibles y de seguro efecto cuando se combate, como en Otumba ó en Caxamarca, contra multitudes desnudas para las cuales los arcabuces de hierro eran formidables máquinas productoras del trueno y del rayo, y los caballos monstruosos seres hijos del viento y de la espuma del mar; ó cuando se combate contra tropas de no muy sólida disciplina, y susceptibles por lo tanto de ser arrastradas por el pánico.

A pesar de que la penuria del Estado, ú otras causas cuyo estudio no es de este lugar, no nos permitan figurar al

lado de las grandes potencias en la importancia de nuestros aprestos militares, no creemos que el ejército español haya de presentarse en futuros combates con desventajas de tanta magnitud como las de los antiguos Aztecas frente á los soldados de Hernán-Cortés.

Si así no fuera, todo está demás. Si á la fuerza aplastante de los modernos armamentos no pudiera oponerse más que otra fuerza del mismo género, los Estados que de tales medios carecen debieran disolver sus ejércitos como gasto inútilmente gravoso á sus mermadas arcas, y esperar resignados los acontecimientos con la fría calma del fatalista.

Afortunadamente no es así; y he aquí que hay otros factores, como antes hemos dicho, que juegan importante papel en el problema táctico.

Desde luego descuellan en primer lugar entre todos la disciplina; pero es claro que, siendo los fundamentos de ella principios de organización, cuyo estudio requiere por sí solo un voluminoso escrito, hemos de prescindir de toda observación sobre tan interesante punto; y sabido es además que todas las faltas de disciplina, lo mismo en los antiguos combates que en los combates modernos, se han pagado y se pagan irremisiblemente con el desastre, y aun podríamos añadir que no ha habido desastre que no haya sido originado por una falta de disciplina. Nuestras sábias Ordenanzas tienen en la obligación del soldado un artículo (1) cuya exacta observancia haría invencible á un ejército, y no hemos de aumentar una palabra á sus preceptos.

Hay sin embargo en las prevenciones reglamentarias de la táctica algo que puede afectar esencialmente á la disciplina, y esto ya entra de lleno en el objeto de nuestras observaciones.

El combate moderno exige en efecto mayor diseminación de fuerzas, si bien no tanta como generalmente se cree; la vigilancia del superior, bajo este concepto, es más difícil; y

---

(1) Conservando en buen estado su arma para el total servicio de ella, debe el soldado tener mucha confianza en la disciplina, y por ella seguridad de la victoria, persuadido de que la logrará infaliblemente guardando su formación, estando atento y obediente al mando, haciendo sus fuegos con prontitud y buena dirección y embistiendo intrépidamente con el arma blanca al enemigo cuando su comandante se lo ordene.—Art. 24, título 1.º, tratado 2.º de las Reales Ordenanzas.

la responsabilidad que procede de los hechos del momento cesa para el jefe de una unidad cuyas fracciones se han separado del campo de acción de su mando, por más que siempre pueda exigírsele cierta responsabilidad moral por la falta de instrucción ó de cohesión de sus tropas, responsabilidad al fin harto vaga y no de muy sólidos fundamentos cuando la falta no está sancionada por la presencia y asentimiento del jefe.

Por esta razón creemos de gran importancia táctica que cada jefe de una unidad orgánica mande siempre el total de ella cuando todas sus fracciones maniobren á su vista, y que nunca y bajo ningún pretexto se rompa esta unidad de mando, ni se coharten las facultades que racionalmente deben dejarse á la iniciativa del que dirige una tropa. A un capitán, por ejemplo, puede ordenársele que ocupe con su compañía una posición determinada, ó que sostenga la retirada de un cuerpo que ha sido rechazado, pero exigirle que su tropa marche en uno ú otro orden de formación en el primer caso, ó que en el segundo despliegue y rompa el fuego en una ú otra forma también determinada, es descender á detalles que, matando la iniciativa del que sobre el mismo terreno puede apreciarlos mejor que nadie, deben también eximirle de toda responsabilidad. Cuando un batallón, como sucede en la organización actual, tiene un segundo jefe éste debe marchar constantemente á la inmediación del primero, y no establecer con pretendidas ayudas un dualismo de autoridad. Su única misión, si es que alguna puede tener, es la de sustituir al primer jefe cuando éste quede muerto ó inutilizado.

Y menos puede admitirse que un jefe extraño, ya sea Oficial de Estado Mayor, ya Ayudante de Ordenes vaya en momentos dados á dirigir una tropa en la marcha ó en el ataque, para disputar al jefe natural la gloria del vencimiento, ó declinar en él la vergüenza de la derrota.

Creemos preciso además que la diseminación de fuerzas tenga también un límite prudente; porque tal vez por huir de una concentración verdaderamente peligrosa, se ha dado un exagerado ensanche al despliegue de las fracciones, con el peligro real y efectivo de hacerles perder la necesaria cohesión, de imposibilitar su mútuo apoyo, y de anular la

acción de sus fuegos en el caso de una irrupción del enemigo por uno de los flancos. Si la elasticidad del orden de combate hubiera de relacionarse absolutamente con el alcance eficaz de las armas, llegaría un día en que la distancia entre los diversos escalones fuese tal que rompiese la unidad de acción. La infantería quedaría entonces anulada, y la caballería vendría á ser la señora de los campos de batalla.

Podríamos, valiéndonos de una frase gráfica, decir: que la elasticidad del orden de combate es la de una cuerda, que al fin se rompe á fuerza de tirar de ella.

Las dificultades que el orden demasiado abierto ofrece para el mando y dirección de una tropa en el avance, acrecen extraordinariamente en los movimientos retrógrados, que con facilidad, casi con seguridad, degeneran en pánico cuando al que manda le falta tanto tiempo como le sobra espacio para echar mano de los recursos que las leyes de la disciplina han puesto á su disposición. El remedio supremo y único en estos casos sería el de que cada fracción establecida como sosten ó reserva de otra recibiese con fuego y bayoneta á la que está delante, cuando ésta se retira á la desbandada sin orden superior; pero tal recurso es muy duro y daría muy triste idea de la disciplina de un ejército, y vale más evitar un mal que tener que remediarlo.

La iniciativa individual, de que tanto se habla hoy, y que en efecto es muy importante, conveniente y necesaria, tiene sin embargo un límite que no es dable rebasar en buenos principios militares. Son muy pocos los hombres que pueden hacer de ella un uso prudente, y tal vez en esto se trata también de un bello ideal. Los hombres valientes abundan mucho; pero son muy contados los que poseen el valor, tal como este debe entenderse para que constituya una virtud militar. Son pocos los hombres cuya serenidad aumenta cuando aumenta el peligro. Son pocos los que dejan de convertirse en ovejas en momentos dados; y estos espantos de rebaño no son muchas veces más que deficiencias tácticas, deficiencias cuyo origen es tal vez una causa muy insignificante, un pequeñísimo detalle. El hombre de guerra, pese á la opinión de los optimistas, será siempre una máquina. ¡Desgraciado el maquinista que tenga la debilidad de abandonar un solo momento el manubrio!



Claro es también que la disciplina del fuego es un interesantísimo factor en el combate; y, aun cuando en esto hay, como no puede menos de haber, unanimidad de opiniones, no todos están conformes en los medios que deben adoptarse para conseguirla, ni se ha llegado á afirmar la verdad respecto á la eficacia de los fuegos.

El alcance de las armas actuales, y que cada día va haciéndose mayor, es causa de algunos lamentables errores. La vista humana tiene un límite de alcance, y el pulso del tirador tiene también un límite de seguridad; y las escasas bajas producidas al azar en las filas enemigas por el fuego á largas distancias no es para las tropas causa de una superioridad tan grande como se cree, si los contrarios, despreciando este ligero peligro, avanzan á colocarse á distancia de tiro eficaz con sus cartucheras repletas de municiones.

Que esta distancia está limitada, como antes hemos dicho, por causas ajenas á la perfección del armamento, es innegable; y pasar de este límite en la construcción solo puede tener la utilidad práctica de disminuir la curvatura de la trayectoria para las pequeñas distancias.

Así también en el uso y aplicación del alza hay que prescindir un poco del idealismo de la teoría; porque el campo de batalla no es un campo de instrucción de tiro, en cuyas experiencias se tiene muy poco en cuenta la *cureña del fusil*, frase gráfica con que designa un escritor militar al soldado.

A mayor perfeccionamiento y precisión en el arma resulta tal vez mayor inutilidad en sus efectos; porque es claro y evidente que; si el fusil responde metro por metro á la graduación del alza, el más pequeño error en la apreciación de la distancia ó en la adaptación del plano de tiro al plano vertical hará caer el proyectil fuera del punto en blanco buscado; y solamente una trayectoria completamente rasante llenaría el objeto, y aun ésto en una llanura horizontal y libre de obstáculos y depresiones.

Cierto es que para corregir en los cálculos los defectos del arma y los defectos del tirador, esto es, para comprender dentro de una zona limitada los tiros de azar, se han inventado los impactos, y sobre ellos se ha idealizado bastante; pero estos impactos no puede referirse si no á blancos llenos

y fijos, y de sus resultados hay por lo tanto que deducir un 90 por ciento.

Ahora bien, pretender la apreciación exacta de las distancias para cada disparo en la movilidad del combate, es una pretensión verdaderamente ideal. La ojeada práctica y tan rápida como es precisa en el campo de batalla no puede apreciar si no diferencias muy marcadas en las distancias; y por lo tanto las alzas no debieran tener más que tres graduaciones: para 300, 600 y 900 metros. Nunca el fuego por descargas debe hacerse á más de 300 metros, ni el fuego individual á más de 600, con excepción de escogidos tiradores que pueden hacerlo hasta 900. A mayor distancia el fusil no debe hacer si no disparos de exploración, dejando la misión de ofender seriamente á la artillería.

La verdad es que lo que pasa en una batalla no se parecen nada á lo que pasa en un campo de instrucción, absolutamente en nada; y para hacer cálculos y establecer conclusiones hay que contar con el corazón humano. Puede haber tirador que, después de ganar cien premios en cien concursos, llegue á un combate, y gaste todos sus cartuchos sin haber tocado á un solo enemigo; y la causa de este resultado es bien sencilla. Consiste simplemente en que el blanco de la instrucción es de tela é impasible, y el blanco del combate es de carne, y contesta al fuego con el fuego.

Las descargas en el campo de instrucción dan un resultado admirable. El oficial, atento al mejor efecto da sus voces con gran serenidad y precisión después del tiempo necesario para que los soldados hayan fijado la visual, y estos esperan tambien con mucha calma la voz de su jefe para herir con seguridad el blanco. Pero en el campo de batalla es otra cosa. El oficial vé que el enemigo se echa encima; el soldado lo vé aun mejor; unos y otros se figuran que lo que corre prisa es tirar, el tirador mueve en todas direcciones su arma buscando en vano através del pequenísimos agujerillo del alza el objetivo que no parece, y concluye por disparar á la ventura, y siempre con puntería alta, porque la vista busca instintivamente el objeto por encima de todo el mecanismo del alza.

No hay que hacerse ilusiones. Por más que se escandalicen los hombres de ciencia, el alza para disparos rápidos

es muy deficiente, á menos que se reforme haciendo pasar siempre la visual sobre una canal ó ranura, y nunca por pequeños orificios; y el soldado ante estas deficiencias no hará otro fuego que el de tenazón; fuego que á pequeñas distancias no resulta mucho más mortífero con el fusil actual que con el antiguo fusil liso, porque el corto alcance de éste compensaba el vicio innato en nuestros soldados de elevar la línea de tiro; fuego que mereció las censuras de Muley-el-Abas cuando en su conferencia con el duque de Tetuán elogiaba por otra parte las brillantes condiciones del soldado español; y fuego en fin, del cual podría sacarse mucho partido, por ser el único práctico, si se dotase á nuestras tropas de un arma apropiada al efecto; es decir de un arma que por su construcción se coloque maquinalmente en posición horizontal, ó para valernos de una frase vulgar, que se encañone y encañone fácilmente.

Verdad es que, para aceptar esta reforma, habría que prescindir de una creencia ó de una idea ya algo vieja y rutinaria; la de que el fusil ha de ser al mismo tiempo arma de fuego y arma blanca.

Como arma blanca necesita ser fuerte y resistente, y se ha reforzado de metales y de madera, dándole un enorme peso y una longitud desmesurada; la culata y la caña forman un todo compacto, casi recto, con objeto de que las vetas de la madera no corten de través dichas partes, y, por todos conceptos, más que un arma portátil viene á ser una pequeña pieza de artillería cuyo peso, abrumador para largas jornadas, complica seriamente el problema del municionamiento, porque no es posible aumentar la carga que el soldado de infantería lleva sobre sus hombros.

¿Por qué no puede recortarse el cañón, quitando una parte de su peso, y aproximando el punto de mira al ojo del tirador? ¿Para qué el cañón necesita ir revestido de madera hasta la boca? ¿Por qué no se ha de tronzar el arma por el mecanismo, y no se le ha de dar un ángulo más pronunciado entre el cañón y la culata, para que inconscientemente el soldado dispare siempre en dirección horizontal? ¿Por qué no se ha de acortar también la culata que resulta larga en más de tres centímetros para los brazos de la mayor parte de nuestros infantes? ¿Por qué, en fin, no se ha de dar al solda-



do una verdadera escopeta de guerra, con lo que podría duplicarse y aún triplicarse la dotación de cartuchos?

¿Se pretende que hay choques al arma blanca? Pues ahí están el machete cubano, ó el campilan filipino, ó la gumia morisca ó el puñal de Albacete. Por grandes que sean las ventajas de la bayoneta, el uso eventual de esta arma no compensa ni con mucho el inconveniente de necesitar un mango de tanto peso.

Bien fácilmente uno de nuestros fusiles actuales podría ser reformado en el sentido que acabamos de indicar; y experiencias de comparación probarían cumplidamente la mayor eficacia del reformado, en una ó varias séries de tiro rápido, que es el que decide los combates.

Dotado el infante de un arma de tan fácil manejo, bien podría inculcarse en su ánimo la idea de que, si aprovechase uno solo de cada cien cartuchos, habría ganado la batalla; y tan importante es esto, que no se le diría más que la verdad. Diez mil hombres, haciendo fuego con cien cartuchos, y aprovechando uno de cada ciento, causarían al enemigo diez mil bajas, y éste resultado espanta.

No es sin embargo mucho exigir que de cada cien tiros se dé uno en el blanco, ni puede llamarse tropa disciplinada la que no obtenga este resultado, ni puede resolverse de otra manera el pavoroso problema del municionamiento, ni queda otro recurso al fusil de un solo tiro para contrarrestar al repetidor.

Verdad es que muchos siguen creyendo que el fusil de un solo tiro es preferible al repetidor. Algo atrevida parecerá esta afirmación, cuando todas las potencias se dán prisa á armar sus ejércitos con fusiles de repetición; pero las razones en que se apoya tal creencia son de algún peso, y merecen ser consignadas. El arma repetidora es realmente una máquina de hacer disparos, y es difícil que el soldado resista á la tentación de hacerla funcionar, inundando inoportunamente el espacio de proyectiles, de cuyo efecto se han hecho curiosas estadísticas, habiendo quien asegura que, para matar un hombre, es preciso disparar en balas de plomo su propio peso.

Como quiera que sea, lo indudable es que las tropas dotadas con tales armas se han de ver en muchas ocasiones

faltas de cartuchos; y, como el corazón humano es naturalmente propenso á las más bruscas transiciones, de aquella confianza casi ilimitada en la portentosa máquina el soldado pasa súbita y lógicamente al más espantoso pánico al ver convertido en un simple chuzo lo que él creía inagotable depósito de mortíferos proyectiles; y tanto más, cuanto que la falta de municiones ha de ocurrir siempre precisamente en los más críticos momentos.

A cada agotamiento del depósito, que también ha de tener lugar en momentos críticos, la carga es demasiado lenta para la impaciencia del tirador, y de ahí han de venir roturas y dificultades producidas por la precipitación. El arma repetidora tiene también un peso abrumador, aumentado además con la mayor dotación de cartuchos que necesita; su mecanismo es más complicado, y más susceptible por lo tanto de descomposiciones; la continuidad de los disparos calienta el cañón hasta el extremo de no poder poner las manos sobre él, y la seguridad del tiro viene á ser casi nula por la confianza que el tirador tiene en los disparos sucesivos, cuya confianza le lleva á tirar como por máquina, fundando inconscientemente sus actos en aquella vulgar sentencia: *á mala leña buen brazado*; de donde resultará que la utilidad del fusil repetidor solamente será segura y eficaz en determinados momentos en que haya que contrarrestar un ataque de frente torpemente ordenado é imprudentemente conducido.

El único argumento de algún valor aparente que en su defensa puede aducirse es el de que puede, á voluntad del tirador, ser empleado como arma de un solo tiro; pero, ya lo hemos dicho, pretender que el soldado tenga á su disposición una máquina tiradora, y sepa reservarla, es un verdadero idealismo, como lo es la prevención hoy vigente de que en determinadas posiciones gaste determinado número de cartuchos. Esta prevención se cumplirá en los ejercicios doctrinales, porque el soldado sabe que se le han de contar las vainas de los cartuchos disparados, y sobre todo, porque no tiene enfrente quien provoque su paciencia y su serenidad.

Así es que la disciplina del fuego no admite términos medios, ni contemplaciones, ni recomendaciones; si no la prohibición absoluta de ejecutarlo sin orden superior, y la

prevención terminante de suspenderlo inmediatamente que se mande, uno y otro bajo las más severísimas penas.

Lo esencial no es la cantidad de los disparos, si no la calidad; y para esto no es necesaria el arma repetidora. Si lo esencial es tirar mucho, no hay municiones que basten, y el problema no tendrá más solución que emplear dos hombres para cada fusil, uno como tirador y otro como acémila de cartuchos, en cuyo caso nada se habrá adelantado, y sería tal vez preferible sustituir el fusil por ametralladoras.

El cazador que por lo general es hombre práctico, no ha aceptado la escopeta revolver, ni aceptará la de repetición; y es posible que el fusil repetidor, después de ocasionar cuantiosos dispendios á las naciones, venga á dar un solemne chasco á sus admiradores, aunque no sea más que en la difícilísima solución del problema del municionamiento. Pretender que este problema pueden resolverlo los carros y las acémilas es desconocer la topografía en general y muy especialmente la de nuestro país, y desconocer la importancia que para la infantería tiene el verse libre de impedimentos. Como que precisamente en esta libertad de acción está toda su fuerza. Sujeta por cualquier estorbo, la infantería es irremisiblemente perdida. Un solo escuadrón acuchilla sus masas, una sola batería las despedaza y aniquila.

En resúmen, podrá resultar que el fusil repetidor es un arma perfecta; y aún así nos atrevemos á afirmar que no es para las manos del soldado español, y que éste será mejor soldado con el fusil de un solo tiro, sobre todo si se hiciesen en él las reformas que hemos indicado.

Lo esencial, ya lo hemos dicho, no es la cantidad, si no la calidad de los disparos. El estruendo de la pólvora, el silbido de numerosos proyectiles que pasan por encima de las cabezas, no pueden asustar á tropas verdaderamente disciplinadas; pero el efecto mortífero de un fuego certero aunque sea escaso y relativamente silencioso, que anuncia la serenidad y aplomo del enemigo, y anuncia también la reserva de cartuchos con que aguarda el acortamiento de las distancias, quebranta al más audaz de los valientes, haciéndole comprender que marcha á una muerte cierta.

Nosotros hemos presenciado, y de ello podríamos citar testigos de mayor excepción, que viven hoy y ocupan eleva-

dos puestos en la milicia, cómo una tropa á la cual no podía negarse valor y disciplina, después de haber gastado innumerables cartuchos, abandonaba sus trincheras al ver que el enemigo avanzaba resueltamente desplegado en guerrilla espesa, sin que uno solo de sus hombres echase mano al fusil para contestar al fuego de los defensores. Para conseguir esto, bastó al jefe de aquella fuerza marchar á caballo detrás de la guerrilla, blandiendo un garrote con el que amenazaba á los que intentaban detenerse para disparar, y dueños de la posición, aquellos soldados emplearon oportunísimamente sus cartuchos machacando con un nutrido fuego á los fugitivos. Lo más notable de este hecho es que los soldados que lo llevaron á cabo pertenecían á un cuerpo que se distinguía en el ejército y tenía en él universal fama por el excesivo consumo que continuamente hacía de municiones.

Todo cuanto se haga para dar serenidad y firmeza al soldado, y para hacerle tomar cariño á sus cartuchos, todos cuantos castigos se impongan al tirador precipitado y cobarde, todo será poco para llenar cumplidamente el interesantísimo objeto de no desperdiciar municiones; con cuyo ideal llevado á la práctica, (y no es esto absolutamente imposible), se llegaría á obtener un ejército verdaderamente invencible, aún cuando su armamento fuese inferior al del enemigo.

Y resultará que en esta época de progreso balístico en que lo que se busca es un arma que multiplique los disparos hasta el infinito, el mejor soldado, y el que más asegurada tendrá la victoria, será aquel que haga menos disparos. El valor, la serenidad, la disciplina se impondrán siempre á todos los elementos de destrucción, porque la parte moral no puede ser eliminada del ser humano. De cada cien hombres que, armados con una escopeta, se presenten uno por uno frente á un león, noventa morirán despedazados por la fiera.

Aún hemos de examinar bajo otro interesante aspecto la instrucción táctica de las tropas.

Generalmente los reglamentos fundan el mecanismo de las maniobras en formaciones demasiado normales, de cuya normalidad nunca se pasa en la instrucción, y que necesitan determinado espacio, y por lo tanto campos especiales; de manera que hay guarniciones que tienen que trasladarse á

distancias de muchos kilómetros para encontrar terreno en que desarrollarse. Nosotros hemos oído á personas profanas en los asuntos militares preguntar con cierta lógica candidez. ¿Es que la guerra no puede hacerse más que en dilatadas llanuras, y, cuando se encuentran los enemigos tienen que ir desafiados hasta encontrar sitio á propósito para batirse? Por más argumentos que se emplearan no sería fácil desvanecer en estas gentes tal terror; porque si se les dijese que en la guerra se hace muy poco ó no se hace nada de aquello que allí ven, continuarían preguntando con la misma candidez. ¿Para qué sirven entonces estos ejercicios? Si se les dijese que hay en los reglamentos una sección titulada «Ejercicios de combate» no comprenderán fácilmente por qué á estos se dedican en la instrucción de batallón 27 páginas, mientras se dedican 103 á los ejercicios de parada, y respectivamente 16 y 89 en la instrucción de brigada.

Nosotros comprendemos perfectamente que, para presentar las tropas en revistas y paradas, para ostentar su marcialidad ante las gentes, y para dar idea de su disciplina, ha de haber formaciones perfectamente rectangulares, alineamientos exactos marcados con peones, intervalos y distancias iguales entre las fracciones, marcados también por los Ayudantes; pero no comprendemos que esto forme esencialmente la instrucción del batallón y la brigada; y por lo tanto creemos preciso que las prevenciones reglamentarias se adapten algo más á las desigualdades y obstáculos naturales del terreno, á fin de que las tropas puedan maniobrar en cualquiera parte, porque esto es lo único práctico. Las carreteras, los caminos de travesía, los senderos entre los cultivos, los eriales y rastrojeras, son bastante campo de instrucción, porque esto es lo que se ha de encontrar en la guerra, y los oficiales y clases de tropa aprenderán algo en estos ejercicios de obstáculos, se formarán perfecta idea del objeto de cada evolución, y comprenderán á simple vista la aplicación de la estrategia á las maniobras tácticas, puesto que la estrategia y la táctica no son más que una misma cosa. Combinación de movimientos para colocarse en un punto determinado y en un momento dado en aptitud de facilitar la acción propia y entorpecer la



del enemigo. Cuando esta combinación se hace fuera del alcance del fuego se llama estrategia, cuando se hace bajo su acción se llama táctica. Y la mayor importancia de ésta consiste en que la presencia del enemigo y sus proyectiles dificultan ó imposibilitan la corrección de los errores, de tal manera, que todos los prodigios de estrategia pueden quedar anulados por una torpeza táctica, así como un error estratégico puede ser enmendado por un brillante hecho táctico.

Pero poca táctica puede aprenderse en esas evoluciones de parada en que cuatro ó más batallones marchan simultáneamente por medio de los campos, llevando líneas de dirección é intervalos marcados de antemano en las láminas del reglamento, alineados por un batallón central, y conducidos uniformemente en columna doble, formación que requiere para su marcha espaciosa y limpia llanura, ó amplísima é inverosímil carretera, ni los oficiales y soldados comprenden á donde se les lleva en aquella especie de apretado rebaño cuyas filas van pisando los talones de los que les preceden, masa compacta en donde los hombres se asfixian con el polvo levantado por sus propias pisadas, masas que en nada se diferencian de las antiguas falanges ó de las columnas napoleónicas, y que seguramente no han sido inspiradas en el estudio de los estragos que pueden hacer en ellas los proyectiles de la artillería moderna.

No sirve decir que tales movimientos son preparatorios para el combate, porque si se hacen al alcance del cañón enemigo son peligrosísimos, y si se hacen fuera de dicho alcance son inútilmente molestos para las tropas que pueden ser conducidas con más desahogo, y sobre todo son impracticables por falta de espacio fuera de los campos de instrucción.

Inspirados en disquisiciones científicas, y bajo el erróneo supuesto de que un geómetra, solo por serlo, puede establecer planes de batalla sobre un pliego de papel; se han escrito libros en que se describen bosques imaginarios, cultivados á satisfacción del inventor, cuyos perímetros perfectamente determinados tienen un pequeño foso para las aguas, y cuyas avenidas se hallan abiertas á las columnas de ataque, irradiando como otros tantos paseos de un parque in-

glés; y en derredor de cuya imaginaria posición se traza un plan de batalla que no hay más que pedir, indicando cual batallón debe marchar en columna doble, cual en línea de columnas de compañía, los intervalos que han de separarlos, las distancias á que han de romper el fuego, las piezas que han de intercalarse, y hasta el calibre y clase de ellas, el punto donde ha de situarse la caballería, etc., etc., todo con caminitos hechos *ad hoc*, y llanuras y cerritos dispuestos como las casillas de un tablero de ajedrez.

En libros de esta clase se describen marchas de exploración para la caballería, con grupos y cortinas perfectamente distanciados y con constante comunicación en los flancos por medio de ordenanzas, cosa fácil sobre el papel, en el cual efectivamente no hay valles ni collados, ni barrancos y despeñaderos, ni ríos y arroyos de paso obligado, ni bosques impenetrables, ni obstáculos inaccesibles, y en cambio hay caminos que en forma de radios convergen admirablemente á un punto céntrico en que el autor coloca al jefe de la ideal exploración, ni más ni menos que como al administrador de una estafeta de correos.

¡Y sin embargo, á estos idealismos se les llama ahora táctica positiva!

Las marchas y movimientos que se practican en la guerra se hacen comunmente á la desfilada, porque no pueden hacerse de otra manera; y aparte de que esto es cierto y no hay motivo para hacer en los campos de instrucción una cosa distinta de lo que se ha de hacer en el campo de batalla, la seguridad de las tropas ante el fuego enemigo es generalmente en esta forma mayor que en las formaciones paralelas á su frente, por la sencilla razón de que presentan menos blanco; porque si bien es cierto que un proyectil puede barrer una hilada de hombres, también lo es que este peligro es harto fantástico, y que los proyectiles pueden venir por los flancos, y que la desfilada no siempre sigue la línea recta, ni el suelo que ocupa ha de ser siempre paralelo á la trayectoria del proyectil, ni estas casualidades y estas barreduras se repite con frecuencia; y en cambio se repiten con demasiada frecuencia el aniquilamiento de tropas conducidas al descubierto en masas ó en formaciones compactas paralelas á la línea del fuego enemigo. La

desfilada debe ser por lo tanto la disposición normal de las tropas cuando éstas no hacen fuego.

No hay por ello aumento en el fondo respecto á las formaciones actuales; porque lo que realmente proponemos no es si no una variación de 90° en las columnas de modo que éstas presenten al enemigo el actual flanco, aunque con reformas especiales que este nuevo método exige para facilitar la acción de las tropas á su frente.

Otra reforma importante también (reforma que nos admira no haber visto establecida hace ya mucho tiempo) es la supresión ó modificación de la segunda fila; puesto que el gran Napoleón la encontró ya inútil y perjudicial en los fuegos, asegurando que hacía tanto ó más daño sobre la primera que el fuego enemigo. Es indudable que los hombres de primera fila están constantemente preocupados con los fogonazos que les amenazan por ambos oídos, y que, en esta zozobra incesante, más piensan en librarse de ellos que en hacer fuego con calma y seguridad; y los de segunda fila no pueden apuntar sin tener que eludir á cada momento los fusiles de la primera que suben y bajan continuamente, resultando de esto un tiroteo inútil destinado á consumir municiones sin efecto, si no es que el enemigo es de tal calidad que se asusta con el estruendo de las descargas.

Para defender la existencia de la segunda fila, un reputadísimo autor ha dicho en un libro muy leído lo siguiente:

«Dos tropas igualmente desfiladas y con el mismo frente, una de ellas en una fila, y otra en dos, sufrirán las mismas pérdidas, (pues si la primera envía la mitad de proyectiles, estos producirán doble efecto en razón á la profundidad del contrario), únicamente que, como la que está en dos filas tiene doble número de hombres y pierde la misma gente, resultarán sus pérdidas la mitad con relación á su efectivo. Derrotará pues á su contrario después de un cierto tiempo.»

He aquí una prueba de que las disquisiciones científicas llevadas á la exageración hacen muchas veces decir á los sabios lo contrario de lo que quieren decir. Porque, si esas dos fuerzas sufren las mismas pérdidas, la ventaja está indudablemente de parte de aquella que les ha causado con la mitad de fusiles. Y si la segunda *derrotará* (como dice el



autor) á la contraria, será porque tiene doble fuerza; y si estuviera en una fila llegaría al mismo resultado con la mitad de pérdidas que ha sufrido en dos filas, puesto que estas han sido dobles *en razón á la profundidad de la formación*, según confiesa el autor, sin que el aumento de frente implique gran cosa, porque sabido es que el blanco que presenta una tropa tiene una zona central de más nutridos impactos, dejando casi libres los extremos.

Es indudable que el autor citado ha perdido de vista el objeto de su demostración, porque sus mismos argumentos prueban que, si el efecto de los proyectiles es doble en la formación en dos filas, entre dos fuerzas iguales la de una fila *derrotará* á la de dos; puesto que cuando aquella haya perdido la mitad de su gente, ésta habrá sido aniquilada. Esto sin contar con que el aumento de bajas, siendo más rápido en la de dos filas, disminuye sus bocas de fuego y por lo tanto las bajas del contrario, de modo que, tomando pié en el raciocinio sentado, puede en buena lógica creerse que la tropa en una fila aniquilará á la otra sin más pérdidas por su parte que un tercio ó un cuarto de su efectivo.

De todos modos, estas discusiones nada prueban realmente; y, sin necesidad de ellas, el sentido común enseña que el soldado hará fuego más eficaz no llevando pegado á su espalda otro tirador que le mortifique con sus fogonazos, y el sentido común enseña también que las pérdidas serán menores en una fila que en dos, por cuya razón á nadie se le ha ocurrido presentar sus guerrillas al frente del enemigo formadas en dos filas.

En la marcha la segunda fila no existe realmente, porque la natural tendencia en el soldado á despejar su frente y ver el terreno que pisa hace que los hombres de segunda fila dejen detras de la primera una distancia de dos ó tres pasos por lo menos, distancia que aumenta con las dificultades del suelo y con el espacio recorrido; de manera que, si por el flanco de una columna, se observa cuidadosamente su marcha, se verá que, en vez de cuatro subdivisiones, por ejemplo, de dos filas, lleva ocho subdivisiones de una fila. Y si esto es lo que sucede en la práctica, ¿qué inconveniente hay en hacerlo normal y reglamentario?

Mucho nos queda por decir; pero tal vez este preámbu-

lo se ha hecho harto difuso, por más que hemos creído necesario todo lo expuesto para justificar las reformas que vamos á proponer en la instrucción táctica de la infantería.

### **Ligeras explicaciones y fragmentos.**

La *escuadra* forma en una sola fila.

El *pelotón* se compone de dos escuadras formadas una detrás de otra, ó una al lado de la otra, según se trate de la *línea* ó de la *desfilada*.

Las unidades tácticas superiores son la sección, compañía, batallón y regimiento.

En tiempo de paz, cuando los cuerpos tienen muy reducida su fuerza, el *pelotón* desaparece, siendo sustituido por la *sección*.

La instrucción de la escuadra en orden cerrado no existe, pues es la misma instrucción individual ó de *reclutas*.

Siendo las distancias y los intervalos entre las escuadras ó filas mayores que en el actual reglamento, la formación de á cuatro resulta por sí misma de la formación de á dos.

He aquí ahora algunos fragmentos cuya inserción puede ser útil para el más exacto juicio de la obra.

INSTRUCCIÓN DE LA ESCUADRA.—*Marchas*.—Las marchas en el orden abierto no pueden sujetarse á la regularidad y precisión que se exigen en el orden cerrado, por que á cada momento el terreno presentará obstáculos y entorpecimientos que detendrán ó dificultarán el avance de toda la guerrilla ó de una parte de ella. Además, los soldados deben resguardarse en lo posible del fuego y de la vista del enemigo; sin que esta precaución llegue á imprimir á la marcha un carácter de vacilación ó timidez que sería impropio de tropas verdaderamente disciplinadas y pundonorosas; lo cual evitarán á toda costa los oficiales y clases.

No puede haber por lo tanto alineamientos ni conservación escrupulosa de intervalos y distancias. Lo esencial es llegar al objetivo, y no perder de vista el guía.....

Las marchas en retirada pueden ser forzadas por la situación del combate, ó sencillamente por desistimiento en el avance. En el primer caso no es conveniente que la fuerza

se retire diseminada; y en el segundo no es necesario. Por lo tanto, en el momento en que se ordene marchar á retaguardia, la guerrilla dará media vuelta y emprenderá la marcha replegándose hacia el centro, para que en el menor tiempo posible se encuentre compacta y seguirá después en línea ó en desfilada, según disponga el jefe, ó el terreno lo permita.

*Ataque á la bayoneta.*—Cuando el jefe que manda la tropa comprende que ha llegado el momento de abordar á viva fuerza la posición del enemigo, ó este avanza resueltamente en ademán de ataque, se dará la voz de *á la bayoneta* ó se tocará *atención y ataque*. Los soldados al oír la voz ó el toque armarán la bayoneta, y se lanzarán vivamente sobre el enemigo, concentrándose durante el movimiento. El cabo se pondrá á la cabeza, animando á sus soldados, y no permitirá que ninguno se detenga á disparar; por que, deteniéndose uno, se detendrá otro, y luego otro; el ataque se paralizará; el enemigo, al ver esta vacilación, se mantendrá en su puesto que tal vez estaba próximo á abandonar, y barrerá con sus fuegos á los que atacaban; y los que de éstos sobrevivan á la catástrofe serán presa del pánico, y darán media vuelta para morir asesinados por la espalda por los disparos á quemarropa de los defensores.

Es de la mayor importancia no solo estimular el honor y el amor propio del soldado, si no hacerle comprender también que, una vez iniciado el ataque, no hay salvación posible más que en la posición enemiga. El valiente puede morir, pero el cobarde morirá irremisiblemente.

Llegada la escuadra al punto que ocupa el enemigo, y rechazado éste, no avanzará más sin orden superior; ni se empeñará en una persecución imprudente; limitándose á ordenar sus filas y á dirigir sus fuegos contra los fugitivos, á menos que, formando parte de una línea de ataque, viese que toda ella avanzaba.

*Fuegos.*—Los fuegos se ejecutarán en la forma enseñada en la instrucción individual, sin que á nadie le sea permitido romperlo sin orden superior, excepto en el caso de defensa personal en un momento de sorpresa.

Es preciso hacer comprender al soldado que en su cartuchera lleva la salvaguardia de su vida y de su honra, que

nada adelanta con disparar balas á la ventura, que el enemigo no se asusta con el estruendo de la pólvora, y que lo conveniente y sabio es aprovechar bien sus cartuchos no disparando si no cuando se crea tener seguridad de dar en el blanco, y reservando buen repuesto de ellos para cuando el enemigo se encuentre á menos de 300 metros, á cuya distancia aún los medianos tiradores tienen probabilidades de acertar.

Si en la guerrilla hay algunos tiradores muy notables, estos pueden ensayar algunos disparos aún á distancias superiores á 900 metros, pero disparos muy escasos, y dirigidos solamente á grandes blancos. De 600 á 900 metros los buenos tiradores pueden hacer fuego no muy nutrido tampoco, y también contra masas grandes ó compactas. A menos de 600 metros todos los soldados pueden hacer fuego, muy lento, y fijando bien la puntería. A los 300 metros pueden hacerse ya algunas descargas, por que á esta distancia se aprecian sus efectos, y por que, aproximándose el momento en que el vértigo de quemar cartuchos va á apoderarse de los soldados, conviene economizarles las municiones, so pena de que un avance resuelto del enemigo sorprenda las cartucheras vacías. No importa que el enemigo dispare mucho, no importa que avance á 200 metros, no importa que se aproxime á los 100. De ahí no pasará; este es el momento de calentar los cañones; este es el fuego á quemarropa, inerrable, irresistible, espantoso, y con el cual se salvan seguramente las tropas que han tenido la serenidad suficiente para resistir la tentación de gastar inútilmente sus cartuchos.

Si esto sucede en la defensa, no otra cosa sucede en el avance. Fuegos muy escasos y lentos á largas distancias; más nutridos á medida que éstas se estrechan; y de 300 metros en adelante rápidos, que machaquen á los defensores, y hagan callar sus fusiles. El avance continúa, y si el fuego de la posición ha disminuido, y la distancia es bastante corta para que pueda salvarse en cortos momentos, es llegada la ocasión del ataque. Entonces el que dispara es un cobarde ó un aturdido. El fusil no es ya más que el mango de la bayoneta.

El fuego debe hacerse siempre á pié firme; así es que

para hacer fuego avanzado al frente ó por los flancos la guerrilla marchará de posición en posición, de 40 á 100 pasos una de otra, y en ellas romperá el fuego, que generalmente será por descargas, con objeto de que pueda ser suspendido fácilmente á voluntad del que manda.

El fuego á retroceso, ó en retirada, supone que el enemigo avanza y persigue; y por lo tanto no es conveniente sostenerlo en orden abierto. La guerrilla se retirará concentrándose rápidamente, y cuando esté concentrada hará alto, dará frente, y romperá el fuego, continuándolo después de posición en posición.

INSTRUCCIÓN DEL PELOTÓN.—*Orden abierto.*—*Regla 9.<sup>a</sup>*— Cuando el pelotón esté solo, no desplegará en guerrilla más de una escuadra. El jefe conservará la otra bajo su mano, y la situará en un punto desde el cual pueda acudir prontamente en auxilio de la guerrilla, considerando esto como el principal objetivo del sostén ó reserva, y atendiendo secundariamente á que esta se resguarde de los fuegos enemigos. La reserva puede estar detrás del centro ó detrás de un flanco de la guerrilla. No importa esto con tal de que pueda marchar pronto al peligro, y domine el flanco por donde pueda presentarse al enemigo. Por eso no es posible fijar la distancia á que ha de estar de su guerrilla. La configuración y las dificultades del terreno que tenga que recorrer, las mayores ó menores dificultades que el enemigo tenga también para el avance, son, entre otras muchas, causas que pueden modificar aquella distancia; y los preceptos reglamentarios serían improcedentes en este punto, puesto que, hasta la moral de las tropas puede influir en su más acertada colocación.....

INSTRUCCIÓN DE SECCIÓN.—*Observaciones respecto á las columnas y desfiladas.*—Ya hemos visto en la instrucción individual que la *línea* es una formación en la cual los hombres se hallan colocados unos al lado de otros, y la *desfilada* es una formación en la que los hombres están colocados unos detrás de otros. De manera que la *línea* se convierte en *desfilada*, y la *desfilada* se convierte en *línea*, sin más que hacer que los soldados giren en sus puestos hacia uno de los flancos.



Fácilmente se verá que la desfilada por pelotones, y la columna por pelotones, vienen á ser una misma cosa, sin más diferencia que, en la columna las subdivisiones se hallan dispuestas para marchar las unas detrás de las otras; y en la desfilada se hallan dispuestas para marchar unas al lado de otras. Pero la posición relativa de unas subdivisiones con otras es la misma en ambas formaciones; de modo que una columna se convierte en desfilada y vice versa, sin más que hacer frente los hombres á un costado.

Parecería natural que, siendo así, no hubiera en un reglamento táctico más que uno de estos dos órdenes de formación para evitar confusiones; pero fácilmente se echará de ver que muchos movimientos se retrasarían sin necesidad formando en columna para marchar en desfilada, ó al contrario; y que además debe tenerse como principio táctico que las evoluciones se desarrollen normalmente al frente de la línea de marcha y á retaguardia de la línea de fuego.

Un ejemplo demostrará la necesidad de que existan estos dos órdenes de formación.....

Pero, aparte del retraso en hacer y deshacer giros inútiles, y de la mayor confusión que produce el no ver desde el primer momento el objeto de la evolución, hay que contar con el terreno; pues una desfilada supone á las tropas encerradas en los límites de un camino, y se ha de procurar que para desarrollarse marchen desde luego á su frente, sin entretenerse en movimientos preparatorios para los cuales puede no haber espacio, y que interrumpen la marcha de otras tropas que vienen detrás.

Por lo demás, cada uno de estos órdenes tiene objeto y aplicación bien distintos. La columna es, más que otra cosa, orden de concentración y de preparación al combate. Puede marchar por carreteras de primer orden, por espaciosas llanuras y terrenos accesibles sin interrupción; puede maniobrar en segunda línea; puede ser necesaria para las formaciones en pueblos y acantonamientos; pero no debe ponerse al alcance de los proyectiles de la artillería, por que el paralelismo riguroso de sus fracciones, y lo limitado de su extensión (por que no puede abrirse más que á distancia entera de sus subdivisiones) la hacen sumamente peligrosa ante

el fuego enemigo. En cuanto á la columna de combate, es indudable que ha dejado de existir.

La desfilada es formación de marcha y de combate. Prolongándose en sentido del fondo, permite que por donde pueda pasar un hombre pasen todos los de un pelotón, ó todos los de una sección ó compañía, facilitando de este modo el avance de una línea, por que las subdivisiones pueden aprovechar cuantas veredas, sendas, zanjas y ribazos se presenten en la dirección exacta ó aproximada que se quiere dar al avance. No importa que alguna vez los intervalos entre las subdivisiones sean mayores ó menores de lo normal, no rebasando exajeradamente el frente de la unidad á que pertenecen. Esto no disloca la desfilada como dislocaría una columna. Ni importa que dos subdivisiones tengan que marchar alguna vez por un mismo camino á la par, con tal de que la fuerza llegue simultánea ó casi simultáneamente al frente que se desea, para adoptar en él la formación ó las disposiciones que el jefe superior crea convenientes.

Pudiendo abrirse más que la columna, pudiendo prescindir del paralelismo, no es formación tan peligrosa como aquella, ni aún en los fuegos de flanco (que pudieran equipararse á los fuegos de frente contra la columna), por que entre las fracciones de ésta no pueden admitirse obstáculos y entre las de aquella sí.

Como formación de combate no tiene rival; puesto que, sin perder su elasticidad de marcha por toda clase de terrenos, y sin perder la cohesión necesaria con las fuerzas que marchan á sus flancos, cada desfilada, ya sea de pelotón, ya de sección ó compañía, puede desarrollar prontamente á su frente una línea de fuegos ó de ataque. Es realmente un término medio entre el orden cerrado y el orden abierto; y tal vez el único orden que se amolda á las formas del combate moderno, permitiendo que diversas fracciones de una unidad puedan avanzar por distintas avenidas ó converger á una posición determinada en los ataques de campo, ó á una plaza ó calle designada en el ataque de una población.

INSTRUCCIÓN DE COMPAÑÍA.—*Observaciones sobre el cuadro.*

.....  
La formación en dos filas es suficientemente fuerte para rechazar el ataque, por que la fuerza del cuadro está en los

fuegos, y éstos son más certeros y seguros hechos por una sola fila, ó por dos cuando una de ellas está rodilla en tierra, que hechos por cuatro filas; puesto que las primeras no disparan con tranquilidad atormentadas con los fognazos de las de atrás, y éstas no tienen espacio para fijar la puntería. El resultado de esto es un fuego muy nutrido y muy estrepitoso, pero de escasos efectos; y el ruido y el humo no bastan á detener la avalancha que se precipitará en el cuadro y aparecerá como una visión fantástica abortada por las nubes de humo y de polvo, y condensada repentinamente ante los ojos atónitos de los infantes, cuando éstos, que no ven lo que pasa delante de ellos, creían haber derribado toda la masa de los ginetes. Llegado este momento, el resultado no es dudoso; el acuchillamiento de la infantería, lo mismo en dos filas que en cuatro, que en ocho; por que al fin la fila combatiente no será más que una; y, si el derribo de ésta no arrastra á las otras, por lo menos las deja inhábiles para la defensa, convirtiéndolas en un montón de carne que pisotearán los caballos.

El fuego certero y sereno de una sola fila, hecho á conciencia y con calma será el que, sembrando de cadáveres el camino de los escuadrones, los diezmará y llegará á aniquilarlos, único medio de detener su impetuosa carrera.

La formación en cuatro filas tiene también el inconveniente de que el hueco ó espacio que deja entre sus caras es demasiado reducido; y no es muy apropósito para dar serenidad á las filas de tiradores el estrépito y barullo que las voces de los bagajeros y las cocés de las acémilas y atropello de la impedimenta desarrollan á la inmediación de su espalda, descomponiendo á cada paso la formación.

Por lo demás, la aplicación de las leyes físicas de los cuerpos á las masas de tropas, atribuyendo á éstas como á aquellos mayor tenacidad y solidez á mayor densidad y volumen, dá lugar á bien visibles errores. Una fila de hombres no es una hilada de piedras sólidamente unidas; y si tal comparación fuese aceptable, y las filas de hombres se considerasen como muros, habría que considerar á los escuadrones como balas de cañón, aplicándoles las leyes físicas y suponiéndoles como efecto el producto de la masa por la velocidad; cálculos idealistas en los cuales se han engolfado



efectivamente algunos escritores militares, sin tener en cuenta que una bala de cañón es un cuerpo sólido y compacto cuya masa única es la suma de las masas de sus átomos; en tanto que los soldados de un escuadrón son átomos cuyas masas no pueden sumarse, y obran aislada ó individualmente, como las balas de un disparo de metralla, ó los perdigones de un tiro de escopeta.

Por eso una carga de caballería es más aparatosa que eficaz ante infantes que tengan conciencia de su fuerza; y una cara de un cuadro no es un muro cuya resistencia exija determinado espesor. Su fuerza está en la buena puntería, y ésta depende de la serenidad, la cual es incompatible con la más pequeña cantidad de miedo ó de aturdimiento.

*Orden abierto*.....

La guerrilla es normalmente protectora del avance de las tropas que la siguen; pero en la marcha por terrenos descendentes, y muchas veces en los ascendentes que tienen ondulaciones y repliegues, los papeles se truecan, y la guerrilla inutilizada durante un cierto espacio de tiempo para combatir, tiene que ser protegida en su marcha por los fuegos de los sostenes y reservas. Nadie como el Capitán de la compañía puede apreciar la oportunidad de estos momentos en que las reservas deben detenerse, quemar un cierto número de cartuchos, y continuar la marcha, unidas ó escalonadas, protegidas á su vez por otras fuerzas de retaguardia.

El Capitán será siempre el jefe y director de todos los movimientos de la compañía, dejando á los Oficiales y Clases una prudente iniciativa, y vigilando constantemente todo el terreno de acción de sus fuerzas, en el cual debe ejercer una jurisdicción absoluta, excepto en cuanto dependa de la jurisdicción de otro jefe superior.

En toda guerrilla no se oirá más que una corneta; así pues, las de sección nada tienen que hacer ni repetir cuando una compañía está en formación de combate; y los cornetas de compañía callarán cuando dependan de un batallón cuyo jefe dirige el orden abierto.

INSTRUCCIÓN DE BATALLÓN.—*Movimientos aislados por compañías*.—Todos los artículos precedentes de esta ins-

trucción se refieren á movimientos colectivos, es decir, que han de practicarse simultánea y uniformemente por todas las compañías como partes de una unidad que cambia en conjunto de forma y de posición; pero puede ocurrir, y ocurrirá muchas veces en la práctica que una compañía ó una sección tengan que ejecutar un movimiento aislado é independiente real ó aparentemente de los que ejecute el resto de la fuerza. Y es conveniente que estas evoluciones, especie de destacamentos tácticos, formen parte de la instrucción; por que afecta á la disciplina el ver que en la guerra se practican cosas nuevas de las cuales se prescindía en la paz considerándolas como pueriles é innecesarias. Los mismos movimientos consignados en esta instrucción necesitarán algunas veces este sistema de mando, por que no siempre un batallón dispondrá de terrenos con la suficiente extensión para desarrollarlos con perfecta regularidad; y como lo esencial es que el movimiento se haga con la prontitud posible, poco importa que los medios empleados para ello sean más ó menos reglamentarios; por que al fin los preceptos del reglamento no son si no reglas normales para hacer conocer á los jefes de cada subdivisión el mecanismo de las evoluciones, reglas á las cuales deben sujetarse siempre que sea posible, pero sabiendo prescindir de ellas cuando fuere necesario.

No siendo posible prevenir todos los casos en que esta teoría pudiera ser aplicable, un ejemplo bastará para darla á conocer; y es evidente que el criterio de los Jefes y Oficiales es suficiente garantía de su general aplicación á otros semejantes ó distintos casos.

(El ejemplo sería prolijo y confuso sin la lámina que acompaña al texto. Es una pequeña lección de estrategia puesta al alcance de las más rudas inteligencias; y termina con las siguientes consideraciones.)

Todo esto es verdaderamente rudimentario, y parece á primera vista que, para practicarlo en el campo de batalla, no requiere ejercicios doctrinales; pero hay que insistir en la idea de que en el criterio del soldado puede afectar á la disciplina ver que se prescinde de los principios reglamentarios, llevando á su ánimo la idea de que en la guerra todo pasa; y que los ejercicios de la paz no tenían más objeto que

el de hacerles trabajar inutilmente y divertir á los espectadores desocupados.

*Orden abierto.*—Un batallón no debe tener en orden abierto mas que una compañía, por que ésta puede desarrollar en guerrilla dos secciones, con lo cual se cubre perfectamente el frente del batallón; y, aumentando los fuegos si es preciso con toda la compañía que puede entrar en línea en la guerrilla, ésta es suficiente fuerza para preparar el ataque, sin perjuicio de que avance aún otra compañía precediendo á los dos que deben constituir el núcleo del ataque.

Ninguna fuerza en orden de combate debe tener más de tres escalones, guerrilla, sostén ó reserva de la misma, y fuerza principal. Multiplicar los escalones no es más que buscar el desórden, romper los lazos de la disciplina, exajerar la iniciativa individual suponiendo capaz de ella á todo el mundo; constituir al frente del enemigo un blanco lleno para herir el cual no se necesita alza, por que si el tiro no dá en un escalón dará en otro, y esponerse á una catástrofe si una caballería valiente se precipita por el flanco entre los escalones, por que puede hacerlo impunemente sabiendo que ninguno ha de hacer uso de sus armas de fuego sin fusilar á sus compañeros.

La guerrilla, los sostenes, y la fuerza principal no deben perder nunca el orden. La idea de los guerrillones que surgió en la mente de algunos escritores militares al ver combatir á los zuavos franceses en la campaña de Italia en 1859, no significaría hoy sino un atraso táctico; porque para hallar un sistema semejante habría que retroceder á tiempos anteriores á Milciades, ó irlo á buscar entre los galos, entre los araucanos, ó entre los modernos marroquíes. La conservación del órden, la serenidad en el peligro, la obediencia y sumisión al jefe natural de cada una de las subdivisiones y unidades orgánicas, han de distinguir siempre á las tropas bien organizadas; y para aminorar los terribles efectos del armamento moderno no es preciso dispersarse, deshacer las unidades, y encomendar al valor personal el resultado del combate; por que el hombre es un ser demasiado nervioso, y las multitudes armadas tan nerviosas como el hombre aislado, y susceptibles de pasar en el intermedio de un relámpago desde el heroísmo hasta el pánico. Y en la mi-

licia el único calmante de los nervios es el sentimiento del deber; y este sentimiento supone una severísima disciplina, «Conservando en buen estado su arma para el total servicio de ella, (dice un artículo de nuestras Ordenanzas), debe el soldado tener mucha confianza en la disciplina, y por ella seguridad de la victoria, persuadido de que la logrará infaliblemente guardando su formación, estando atento y obediente al mando, haciendo sus fuegos con prontitud y buena dirección, y embistiendo intrépidamente con el arma blanca al enemigo cuando su comandante se lo ordene».

En cuanto al método de emplear fuerzas en el orden abierto, no es tampoco conveniente una exagerada unidad de mando en el sentido del fondo; por que el efecto es contraproducente, puesto que, siendo el fondo mayor que el frente, el mando es más difícil, la unidad que se quiere sostener por el fondo se rompe por el frente, y resulta que el jefe de un batallón se encuentra con todas sus unidades orgánicas deshechas, y mandando nominalmente un conjunto de grupos y de hombres dispersos que de ninguna manera constituyen en este orden un batallón, unidad que, por tener una bandera y estar bajo el mando de un Jefe superior, no debe diseminarse en absoluto.

Ya hemos dicho que un pelotón debe tener una escuadra en guerrilla y otra en reserva. Una sección tendrá un pelotón en guerrilla y otro en reserva. Una compañía debe tener una sección en guerrilla, otra como reserva, y las restantes como fuerza principal. Un batallón tendrá una compañía en orden abierto, la cual colocará en guerrilla dos secciones y tendrá otra ú otras como reserva. El jefe de la guerrilla será por lo tanto un Capitán, y el Teniente Coronel conservará bajo su mando las tres compañías restantes con sus Capitanes á la cabeza; y, cuando sea preciso emplear alguna de ellas en el fuego ó para sostener la que está más avanzada, marchará unida y no en pequeños grupos; así como en el ataque final llevará el Jefe sus compañías formadas con todos sus Oficiales en sus puestos, único modo de sostener los lazos de la disciplina, y de poder racionalmente exigir responsabilidades. Cuando se empleen en el orden abierto dos compañías, se pondrá al frente de ellas el Comandante, pero el Teniente Coronel debe mandar siempre el total del bata-

llón; y él es el único que puede disponer de las fuerzas que quedan con la bandera, y que formando el núcleo principal han de decidir el ataque, empleándolas de la manera que tenga por conveniente, como Jefe superior y responsable único de todos los actos y operaciones de su batallón.

4. INSTRUCCIÓN DE REGIMIENTO.—La instrucción táctica de las tropas de infantería debería terminar realmente en la instrucción de batallón; pero existiendo la organización de regimientos, preciso es dar algunas reglas para mover simultáneamente dos ó tres batallones de que aquellos constan por lo regular.

En cuanto á la táctica de brigada, no comprendemos su utilidad; por que, si bien es cierto que en tiempo de paz existen brigadas y aún divisiones de infantería, esta organización responde á otros fines que de ninguna manera son fines tácticos; y prueba de ello es que hay brigada compuesta de un regimiento de artillería divisionaria y otro de pontoneros.

5. La organización de campaña dá siempre á la brigada tropas de las tres armas de combate, y ésto es lo lógico cuando dicha unidad se pone á las órdenes de un Oficial General; de manera que una brigada no se diferencia de una división, ni una división de un cuerpo de ejército, ni éste del ejército total, si no en lo mismo en que se diferencian en geometría las figuras semejantes; en el tamaño.

Y si una brigada no es más que un ejército pequeño, si no hay táctica de ejército, ni táctica de cuerpo de ejército, ¿qué razón puede abonar la existencia de una táctica de división ni de brigada? Razón, ninguna. La de que un General vaya en tiempo de paz á una extensa llanura que se llama campo de maniobras al frente de cuatro batallones para hacer á estos moverse en evoluciones correctas y acompasadas, verdaderamente teatrales, y en las cuales las compañías y los batallones no han de hacer mas que lo que hacen en la instrucción de batallón y compañía; por lo cual ni Oficiales ni soldados van allí á aprender cosa que no puedan aprender en la esplanada más próxima á su cuartel, ó en el patio interior del mismo si no es muy reducido.

¿Qué inconveniente habría en que las brigadas se organizaran en tiempo de paz con tropas de las tres armas, aun



cuando la infantería no figurase en cada una de ellas mas que con un regimiento, y la caballería por escuadrones, y la artillería por baterías? Siendo como es puramente táctico el mando de la brigada, ningún inconveniente hay en que un regimiento tuviese afectos á diversas brigadas sus escuadrones ó baterías; y como la brigada no necesita ni puede tener reglamentos tácticos, los generales sabrían emplear las suyas en maniobras de verdadera utilidad práctica, y más semejantes á las de guerra que las evoluciones correctas de que antes hemos hablado.

Aun cuando se trate de brigadas de una sola arma, que pueden conocerse en los grandes ejércitos, ningún militar que haya visto los campos de batalla podrá decir que una brigada es manejable á la voz, ni que los movimientos de sus fracciones puedan ser simultáneos y uniformes, ni que la relación entre la primera y la segunda línea pueda ser tampoco constantemente uniforme ni en fuerza ni en distancia ni en posición.

¿Qué objeto, pues, puede tener una táctica de brigada sin aplicación ninguna en la guerra?

*Orden abierto.*—Siguiendo el mismo sistema establecido en las instrucciones anteriores, un regimiento no tendrá en orden abierto más de tres escalones. En el combate inesperado ó de sorpresa lo probable es que el Coronel se encuentre con sus batallones uno detrás de otro. En el combate preparado puede suceder que los tenga en línea de batalla, es decir, uno al lado de otro. En el primer caso el escalón avanzado ó guerrilla puede estar formado por una compañía ó por dos; el segundo escalón, sostén ó reserva, por fuerzas del primer batallón; y el Coronel quedaría al frente de la fuerza principal. En el segundo caso cada batallón obraría como si estuviera solo; y el Coronel, teniendo en cuenta la extensión del campo de acción de sus tropas, la configuración del terreno, y las instrucciones recibidas, podría retener como fuerza principal un número determinado de compañías que podrán ser de uno ó de más batallones, podría abandonar la dirección de estos á sus Tenientes Coroneles dándoles las instrucciones convenientes y marchar él con uno de los batallones; pero en este punto es imposible dar reglas fijas, pues multitud de causas diversas pueden obli-

gar é inclinar al Coronel á adoptar una ú otra resolución; y es claro que en todo caso ha de tomar, como dice nuestra Ordenanza, la que le dictaren su prudencia y talento militar y fuere más conforme con su espíritu y honor.

---

Para terminar, dos palabras solamente. Es posible que algún capcioso lector se diga á si mismo. ¿Para no darnos á conocer ese tratado de tactica, qué objeto tiene la publicación de estos retazos?

Quizás yo mismo no lo se. Tal vez sea una de aquellas expansiones que el insigne Almirante define en su Diccionario militar.









